Notas de Elena G. de White

Lección 9
27 de Agosto de 2011

“No confiéis en palabras engañosas”: Los profetas y la adoración

Sábado 20 de agosto

El supremo amor a Dios y un amor abnegado por nuestro prójimo son el fundamento de la verdadera piedad. Los más grandes en el reino de los cielos son aquellos que aman tanto al Salvador que no se atreven a representarlo mal, y que aman tanto a sus prójimos que no se atreven a poner en peligro sus almas por darles un mal ejemplo. "¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (Miqueas 6:6-8).

Dios no nos pide comprar su favor por medio de sacrificios costosos; solo nos pide el servicio de un corazón humilde y contrito; un corazón que, agradecido y alegre, acepta su don gratuito. El que recibe a Cristo como su Salvador personal y se posesiona de la salvación ofrecida no debe olvidar que el que recibe de gracia también debe dar de gracia. Cuando no se consideran las necesidades de la humanidad ni se muestra voluntad para ser la mano ayudadora de Dios, las más costosas ofrendas, la mayor exhibición de liberalidad, son abominables a la vista del Señor (***Signs of the Times*, 22 de mayo, 1901**).

Domingo 21 de agosto:
"¿Mil carneros?"

Durante la apostasía de Israel y Judá muchos se preguntaban: "¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite?" La respuesta era clara y positiva: "Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (Miqueas 6:6-8).

Al dar importancia al valor de la piedad práctica, el profeta solo estaba repitiendo el consejo que le fuera dado a Israel siglos antes: "Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?" (Deuteronomio 10:12, 13).

De tiempo en tiempo estos consejos fueron repetidos por los siervos de Dios a quienes estaban en peligro de caer en el formalismo y de olvidarse de mostrar misericordia. Jesús mismo, cuando un intérprete de la ley le preguntó: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?", le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22:37-40).

Estas declaraciones específicas del Maestro y de los profetas debieran ser recibidas como la voz de Dios para cada alma. No debiéramos perder la oportunidad de realizar actos de misericordia y de tierna cortesía cristiana hacia los cargados y oprimidos. Si no estamos en condiciones de ayudarles, al menos podemos hablarles palabras de ánimo y esperanza. La simpatía y el amor abren más fácilmente el camino para darles a conocer al Señor (***Review and Herald*, 1º de abril, 1915**).

Dios había dicho mediante Oseas: "Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos" (Oseas 6:6). Los muchos sacrificios de los judíos y la sangre derramada para expiar pecados de los cuales no se habían arrepentido era repulsivo para Dios...

Las ofrendas costosas y una semblanza de santidad no ganan el favor de Dios. Lo que él requiere para recibir sus misericordias es un espíritu contrito, un corazón abierto a la luz de la verdad, una actitud de rechazo hacia toda avaricia y amor propio, y un espíritu compasivo y amante hacia nuestros prójimos. Los sacerdotes y gobernantes no mostraban estas cosas esenciales para recibir el favor divino, por lo tanto sus ofrendas más preciadas y sus ceremonias más extraordinarias eran una abominación a los ojos de Dios (***Signs of the Times*, 21 de marzo, 1878**).

Una religión formalista no basta para poner el alma en armonía con Dios. La ortodoxia rígida e inflexible de los fariseos, sin contrición, ni ternura ni amor, no era más que un tropiezo para los pecadores. Se asemejaban ellos a sal que hubiera perdido su sabor; porque su influencia no tenía poder para proteger al mundo contra la corrupción. La única fe verdadera es la que "obra por el amor" para purificar el alma. Es como una levadura que transforma el carácter (***El discurso maestro de Jesucristo*, p. 49**).

Lunes 22 de agosto:
El llamamiento de Isaías

En el año en que murió el rey Uzías, se le concedió una visión a Isaías en la que contempló el Lugar Santo y el Lugar Santísimo del Santuario celestial. Las cortinas interiores del Santuario estaban abiertas, y ante su mirada se reveló un trono sublime y exaltado que se elevaba como hasta los mismos cielos. Una gloria indescriptible emanaba del que estaba en el trono y su séquito llenaba el templo como su gloria llenará finalmente la tierra. A cada lado del trono de la misericordia se encontraban querubines... y brillaban con la gloria que los envolvía de la presencia de Dios... Estos seres santos cantaban alabanzas y tributaban gloria a Dios con labios no manchados por el pecado.

El contraste entre la débil alabanza que acostumbraba tributar al Creador y las fervientes alabanzas de los serafines, asombró y humilló al profeta. Tuvo en ese momento el sublime privilegio de apreciar la pureza inmaculada del glorioso carácter de Jehová... A la luz de este brillo incomparable, que hizo manifiesto todo lo que pudo soportar de la revelación del carácter divino, estaba ante el profeta su propia contaminación interior con sorprendente claridad. Incluso sus propias palabras le parecieron viles.

Por eso, cuando al siervo de Dios se le permite contemplar la gloria del Dios del cielo al revelarse a la humanidad, y comprende en mínimo grado la pureza del Santo de Israel, no se envanecerá por su propia santidad sino que hará sorprendentes confesiones de la contaminación de su propia alma. Con profunda humildad, Isaías exclamó: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo... han visto mis ojos al Rey" (Isaías 6:5).

Esta no es la humildad voluntaria y el autorreproche servil que algunos despliegan como virtud. Esta vaga imitación de humildad es impulsada por corazones llenos de orgullo y de autoestima. Hay muchos que se menosprecian a sí mismos con palabras, pero que se sentirían defraudados si esta actitud no provocara palabras de aprecio y de alabanza hacia ellos de parte de los demás. Pero la convicción del profeta era genuina... ¿Cómo podría ir y anunciar al pueblo las santas demandas de Jehová?

Mientras Isaías se estremecía conmovido a causa de su impureza ante la incomparable gloria, dice: "Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí" (Isaías 6:6-8) (***Reflejemos a Jesús,* p. 330**).

Martes 23 de agosto:
No más vanas ofrendas

Consideren bien este asunto todos los que pretenden guardar los mandamientos de Dios, y vean si no hay razones para no tener más de la efusión del Espíritu Santo. ¡Cuántos han elevado sus corazones a la vanidad! Creen que son exaltados por el favor de Dios, pero descuidan a los necesitados, hacen oídos sordos a los llamados de los oprimidos, y hablan palabras cortantes y ásperas a quienes necesitan un tratamiento totalmente diferente. De este modo ofenden a Dios con la dureza de su corazón. Estos afligidos tienen derecho a la simpatía y el interés de sus semejantes. Tienen derecho a esperar ayuda, consuelo y amor semejante al de Cristo. Pero no es esto lo que reciben.

Cada descuido de estos sufrientes de Dios está escrito en los libros del cielo como si fueran hechos a Cristo mismo. Cada miembro de la iglesia debe examinar cuidadosamente su corazón, e investigar su curso de acción para

ver si éste está en armonía con el Espíritu y la obra de Jesús; pues si no fuera así, ¿qué podrá decir cuando se encuentre ante el Juez de toda la tierra? ¿Podrá el Señor decir de él: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo 25:34)?

Cristo ha identificado su interés con el de la sufriente humanidad; y mientras él es descuidado en la persona de sus afligidos, todas nuestras asambleas, todas nuestras reuniones, y toda la maquinaria puesta en marcha para hacer adelantar la causa de Dios, será de poco beneficio. "Esto era necesario hacer, sin dejar aquello" (Lucas 11:42). "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto" (Daniel 5:27) (***Recibiréis poder,* p. 313**).

El Señor ha puesto sobre nosotros el deber de bendecir a otros, y para hacerlo, debemos estar en constante comunión con él. El Señor no se agrada cuando estamos totalmente dedicados a nuestros intereses egoístas y descuidamos el adquirir conocimiento de su Palabra para compartirla con los demás y ganar almas para el Maestro. En el juicio, cada caso se decidirá por lo que se hizo o lo que se dejó de hacer en esta vida. La forma en que tratamos a otros es registrada en el libro de la vida como si hubiera sido hecha al Rey de reyes. Jesús ha dicho: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

El Señor requiere de la iglesia que cuide al pobre, a la viuda y al huérfano. El carácter de nuestro cristianismo se mostrará en la forma en que tratamos a estos representantes del Señor. La mayor evidencia de nuestro amor por Cristo se mostrará por la ternura y liberalidad con la que tratamos a los que necesitan nuestra ayuda. Dejemos de lado las dudas y las murmuraciones y seamos hacedores de la Palabra. Al ser obreros juntamente con Dios tendremos un interés vital por los demás, y el yo se perderá de vista. El Señor nos ha confiado talentos para que podamos impartir bendiciones a otros, y mientras lo hacemos, nos sentiremos más gozosos y enriquecidos. La práctica de los principios vitales de la justicia será como un perfume en nuestros caracteres, y las buenas obras darán belleza y pureza a nuestra vida (***Review and Herald,* 20 de febrero, 1894**).

Miércoles 24 de agosto:
¿Para nada es de provecho?

En sus lecciones acerca de la verdad divina, el Señor Jesús buscó dirigir a sus oyentes hacia lo que estaba más allá de las ofrendas de sacrificio, a las

cosas esenciales que estaban simbolizadas por ellas. Exaltó la ley divina mostrando que era más completa que las leyes civiles que gobernaban a los reinos terrenales. Había inspirado a los profetas a comunicar al mundo sus puros y santos principios y los había instruido en las cosas divinas. Sin embargo, la nación judía se había hundido en la más terrible idolatría. El culto espiritual había sido reemplazado por las formas y las ceremonias. Se vestían siguiendo estrictamente las rígidas reglas externas y consideraban que los problemas nacionales se debían al descuido en las ceremonias y formalidades religiosas. Los maestros estudiaban nuevos y rigurosos requerimientos y ofrendas de purificación que oprimían a la gente; no se conformaban con las especificaciones dadas por Moisés sino requerían otras minucias agotadoras. Tenían que repetir largas y tediosas oraciones, participar de ayunos y lavamientos de los vasos, y estar presentes en ceremonias sin sentido (***Signs of the Times*, 24 de octubre, 1895**).

Puede ser que no se vea ningún altar, y que el ojo sea incapaz de observar una imagen, y sin embargo que estemos practicando la idolatría. Es igualmente fácil hacer un ídolo de ideas u objetos acariciados como fabricar dioses de madera o piedra. Miles de personas tienen un concepto falso acerca de Dios y sus atributos. Están sirviendo a un Dios falso tan ciertamente como lo hacían los servidores de Baal. ¿Estamos nosotros adorando al Dios verdadero tal como se lo revela en su Palabra, en Cristo y en la naturaleza, o más bien adoramos a un ídolo filosófico venerado en su lugar? Dios es un Dios de verdad. La justicia y la misericordia son los atributos de su trono. El es un Dios de amor, de piedad y tierna compasión. Así es como lo representa su Hijo, nuestro Salvador. Es un Dios de paciencia y longanimidad. Si así es el ser a quien adoramos y cuyo carácter estamos tratando de asimilar, entonces estamos adorando al Dios verdadero (***Exaltad a Jesús*, p. 137**).

Muchos que llevan el nombre de cristianos sirven a otros dioses además del Señor. Nuestro Creador demanda nuestra dedicación suprema, nuestra primera lealtad. Cualquier cosa que tienda a disminuir nuestro amor por Dios o que interfiera con el servicio que le debemos, se convierte en un ídolo. Los ídolos de algunos son sus tierras, sus casas, sus mercaderías. Las actividades comerciales se emprenden con celo y energía, mientras que se deja en segundo plano el servicio de Dios. Se descuida el culto familiar, se olvida la oración secreta. Muchos argumentan que su trato con sus prójimos es justo, y creen que al proceder así han cumplido todo su deber. Pero no es suficiente guardar los últimos seis mandamientos del Decálogo. Tenemos que amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón. Nada inferior a la obediencia a

cada precepto —nada que sea menos que el amor supremo a Dios y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos— puede satisfacer las demandas de la ley divina (***Comentario bíblico adventista,* tomo 2, p. 1006**).

Jueves 25 de agosto:
"Templo de Jehová... es éste"

[El Señor] les indica claramente que tan solo mediante una reforma cabal del corazón podía evitarse la ruina "inminente. Vana sería la confianza que pusiesen en el templo y sus servicios. Los ritos y las ceremonias no podían expiar el pecado. A pesar de su aserto de ser el pueblo escogido de Dios, únicamente la reforma del corazón y de las prácticas en la vida podía salvarlos del resultado inevitable de la continua transgresión...

¡Qué lección da esto a los hombres que ocupan hoy puestos de responsabilidad en la iglesia de Dios! ¡Cuán solemne advertencia les resulta para que reprendan fielmente los males que deshonran la causa de la verdad! Nadie, entre los que se declaran depositarios de la ley de Dios, se lisonjee de que la consideración que en lo exterior manifieste hacia los mandamientos le preservará del cumplimiento de la justicia divina. Nadie rehúse ser reprendido por su mal proceder, ni acuse a los siervos de Dios de ser demasiado celosos al procurar limpiar de malas acciones el campamento. Un Dios que aborrece el pecado invita a los que aseveran guardar su ley a que se aparten de toda iniquidad. La negligencia en cuanto a arrepentirse y rendir obediencia voluntaria acarreará hoy a hombres y mujeres consecuencias tan graves como las que sufrió el antiguo Israel.

Hay un límite más allá del cual los juicios de Jehová no pueden ya demorarse. El asolamiento de Jerusalén en los tiempos de Jeremías es una solemne advertencia para el Israel moderno, de que los consejos y las amonestaciones dadas por instrumentos escogidos no pueden despreciarse con impunidad (***Profetas y reyes,* pp. 304-307**).

A medida que nuestro .número aumenta, deben hacerse planes más amplios para satisfacer las demandas de los tiempos; pero no vemos aumento especial de la ferviente piedad, de la sencillez cristiana y de la devoción sincera. La iglesia parece conformarse con dar tan solo los primeros pasos en la conversión. Sus miembros están más listos para la labor activa que para la devoción humilde, más listos para dedicarse al servicio religioso externo que a la obra interna del corazón. La meditación y la oración son descuida-

das por el bullicio y la ostentación. La religión debe empezar vaciando y purificando el corazón, y debe ser nutrida por la oración diaria.

El progreso constante de nuestra obra, y el aumento de las instalaciones, llenan el corazón y la mente de muchos de nuestros hermanos con satisfacción y orgullo que tememos hayan de reemplazar el amor de Dios en el alma. La actividad intensa en la parte mecánica de la obra de Dios puede ocupar de tal manera la mente, que la oración sea descuida da, y la importancia y suficiencia propia, tan dispuestas a abrirse paso, reemplacen la verdadera bondad, mansedumbre y humildad de corazón. Puede oírse el celoso clamor: "Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste" (Jeremías 7:4). "Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová" (2 Reyes 10:16). Pero, ¿dónde están los que llevan las cargas? ¿Dónde están los padres y las madres en Israel? ¿Dónde están los que llevan en el corazón la preocupación por las almas, y se acercan con íntima simpatía a sus semejantes, listos a colocarse en cualquier posición para salvarlos de la ruina eterna? (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, pp. 526, 527**).

Viernes 26 de agosto:
Para estudiar y meditar

***Profetas y reyes*, pp. 225-230; 245-251; 259-271; 281-288; 299-310.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática